

GRITOS TRAS LAS REJAS. AMOR PUNTO FINAL

Selección y nota preliminar de Luis Alberto de Cuenca

La sociedad ha levantado gruesas paredes, altas torres inaccesibles, tristes y oscuras cárceles para encerrar el cuerpo, pero no ha conseguido todavía hacer lo mismo con el espíritu. El Quijote, sin ir más lejos, fue engendrado en prisión, como el propio Cervantes nos recuerda en los preliminares de su novela. En prisión compuso Boecio De consolatione philosophiae. Y es que la historia de la literatura es pródiga en ejemplos de obras maestras escritas en la cárcel. Platón hubiera dicho que toda obra de arte se concibe en cautividad, puesto que el alma vive encarcelada en la prisión del cuerpo desde el momento de nacer, y sólo la muerte rompe las cadenas de semejante encierro. Pero desde Aristóteles no es tan fácil distinguir dónde termina el cuerpo y dónde empieza el espíritu, de modo que los presos sensu stricto son «cuerpos animados» a los que la autoridad establecida ha encerrado en la cárcel por quebrantar alguna norma o, simplemente, por disidir de la común doctrina, creencia o conducta, que eso basta para conocer la prisión.

Por otra parte, la cárcel es una metáfora muy antigua para designar el amor. En nuestra narrativa sentimental de la segunda mitad del siglo XV se da de una forma muy clara esa identificación: desde la Cárcel de amor de Diego de San Pedro al Siervo libre de amor de Juan Rodríguez del Padrón. El amor es, pues, una cárcel, pero también, como quiso André Breton, la posibilidad de olvidarse del cautiverio y mitigar las asperezas de la prisión; en ese sentido hay que entender al autor de Nadja cuando nos habla de los ojos de su amada como agua para beber en la cárcel («tes yeux d'eau pour boire en prison»).

Otras veces, la prisión física y real adquiere un sentido metafísico, como ocurre con las soberbias Carceri del grabador dieciochesco Giovanni

Raúl Rivero es poeta y periodista independiente cubano.

Cuadernos de pensamiento político

Battista Piranesi. Metafísico es también el enigmático poema de Garci Sánchez de Badajoz sobre las dos prisiones que atenazan su espíritu, aquel que termina: «Ya no espero, triste, no, / verme libre cual nací, / que aunque me suelten a mí / no puedo soltarme yo». Pues de la cárcel interior, de la que cada hombre se fabrica con su cadena predilecta, no es posible salir. Pero eso es otra historia.

El artista –el poeta– es libre por naturaleza. Y lo es, también, su canto, pese a la cárcel que lo circunda. De alguna forma el mundo es una cárcel. Y el escritor tiene la llave que abre la puerta de la celda: la llave del arte, la llave de la libertad del espíritu.

A continuación ofrezco algunas muestras de esa libertad, compuestas en la cárcel por Raúl Rivero, uno de los mejores poetas cubanos actuales. Rivero hizo llegar a través de su esposa una colección de veinticinco poemas a José María Aznar. Los poemas habían sido compuestos entre el verano de 2003 y la primavera de 2004, como el propio Raúl anota al pie de cada pieza (por más que dos de ellas no aparezcan fechadas). He elegido, siguiendo el único criterio del gusto personal, doce poemas de esos veinticinco, cerrando mi antología con una de las piezas sin referencia temporal, cuyo verso final resulta muy ilustrativo de los padecimientos de Rivero.

LUIS ALBERTO DE CUENCA

REMEDIO

La noche es una mancha casi eterna.

Yo distribuyo toda
la soledad del mundo.

Me salvo
porque hago un cisne de sombra en la pared
y le cuento la vida de Rubén Darío.
En seguida el poeta nos regala
un alba de oro.

Verano 2003

PAÑUELO PARA NADIE

Llora tú, que aprendiste a tocar el clavicordio
y descubriste el mal del que voy a vivir.
Sufre esta otra grávida soledad:
quedarte sin el único hombre
que pensaba en ti todos los días.

Llora, llora hoy esa viudez de hielo,
porque ya no volverás
joven, con olor a colonia,
a vivir en la provincia que fundé
para administrar tu recuerdo.

Llora en privado,
como si no supieras por qué lloras
hasta que recibas
este pañuelo blanco.

Verano 2003

¿NADA?

Donde moraba yo,
otoñal y en harapos,
y digo que moraba
porque sentí que vivía
como nunca allá adentro.

Donde yo residía,
tembloroso y sutil,
y era reconocido
por las articulaciones
y las venas,
y por el aire
que viajaba de ida y vuelta
a tus pulmones.

Allí, en tu circulación,
y allá, en tus pensamientos
que ahora alojan
otro huésped,
¿no queda ni un dolor
ni unas cenizas?

Verano 2003

ESTACIONES

Amanecí confuso
–noviembre, nubes grises.
 invierno en la terraza–,
quería hacerte feliz
más que el primer día
–abril, suave llovizna,
 primavera en La Habana–.

Así es que hice señales
desde el techo
y le dije a un relámpago:
yo amo a esta mujer
y necesito consagrarme
a su felicidad.

El relámpago siguió deslumbrante
su camino de luz
y pasó el mensaje.

Me fui esa mañana de la casa,
y sé que ha sido
uno de los días más felices de tu vida.

Verano 2003

AUTÓGRAFO PARA BLANQUI

Cuando sueñes con él,
no me lo cuentes.
Déjame en la inocencia
de creerme el niño
que recibía tus cartas.

Abandóname en la música
y en el tintero
de la boda municipal
que cambió tu fragancia
y me hizo un forastero
para la fantasía
y el cáliz
y los escorpiones.

Cuando alguien aparezca
en tus sueños como un príncipe,
ponle mi cara.
¡Niégalo!
Favoréceme con la historia
como si fuera mía.

El amor no dirige los sueños
—ellos son nuestra locura diaria—,
pero necesita restauraciones,
teatralidad, renunciadas,
para que la vigilia no pierda
el sacramento de la neblina.

Verano 2003

MEMORIAS DE MI ESTATUA

Nereyda Santos no me conoce.
En la misma avenida
donde juró hace años
que ella era mi amor deliberado,
me deja con la mano en el aire,
revisa el botín de su cartera,
se pone lentes negros
y pasa junto al hombre invisible,
roza la estatua mía
de arena y desconcierto
y sigue su camino.

Nery no me conoce,
no se da cuenta
de que soy yo quien le tiende la mano,
y siento su airecillo perfumado,
y miro el pequeño bosque claro
de su pelo.
No me identifica,
no se acuerda del que lloró con ella
cuatro muertes y cuarenta y dos reconciliaciones.

No me asocia
con el sonámbulo
que le llevaba sus pastillas a la almohada
y le mostraba las semillas de la sed.

No se acuerda de mí,
que organicé tres viajes secretos
para que ella pagara sus promesas
a la Virgen del Cobre.
A mí, fotógrafo exclusivo
de la Nery Corporation Flash,
autor de su famosa foto
dormida en el fogón de una herrería.

Cómo he cambiado,
qué marcas me ha dejado la vida,
o qué amnesia la de Nery Santos,
que le hace dejar
hecho una estatua
(la mano extendida hacia la nada)
a alguien que la quiso tanto
no hace mucho,
alguna vez.

Septiembre 2003

AMOR PUNTO FINAL

Para este poema no había lápices,
ritmos ni hojas blancas.

Es una especie rara que ya nadie esperaba.

Éstos son peligrosos,
porque bajo la mansedumbre
que los levanta
trabajan los presagios,
se esconde la sabiduría
que tiene un sitio para las joyas
y una liturgia para los escorpiones.

¡Ah, poema con minas
en todos tus acentos!

Versos que yo no esperaba,
pero estaban ahí,
a la espera de las fragilidades
y el laberinto de la línea recta.

El nevado poema castellano
que pudo ser un madrigal
y se abre como una madriguera
donde vengo a enterrar el amor.

10 Noviembre 2003

CARTA NÚMERO TRES

Recíbeme tú,
que nada quieres y nada necesitas,
tú, el extraviado
polvo de amor
sin aposento.

Recíbeme tú,
ignorado y sin flores,
sombra que no tiene
una plegaria que justifique su inocencia.

Tú, recíbeme tú, Padre mío
que estás en mi alma.

23 Noviembre 2003

VIDA DE PERRO

Yo fui un perro feliz
que amaba como un perro
a una adivina.

Le fui fiel, le llevaba
las cartas a la mesa
y le escondía la lámpara
donde veía el futuro.

Me echaba a dormirar
sobre sus pies,
lamía sus manos blancas,
que tenían
sabor a santidad
y a magia negra.

Le regalé una casa
pequeña, pero propia;
le curé las heridas
que le hizo un borracho
cuando ella le predijo
el porvenir.

Le compré blusas,
sedas, redecillas,
un turbante violeta
hecho por un hermafrodita
de Bombay.

Le cedí mi cama finlandesa,
y yo dormía en un saco
de harina nacional.

Así es, yo la quería,
aullaba de amor
y no ladraba.

Ella debió ver algo
terrible en mi futuro,
porque en noviembre
me quitó el collar
donde colgaba
(junto a la foto de ella)
la llave de la casa,
y me espantó.

Desde ese día
soy este vagabundo
sucio, desamparado,
que gruñe cuando pasa
una mujer.

Aunque de noche duerma
en una alcantarilla,
soñando que dormito
silencioso a sus pies.

Febrero 2004

CARTA (A) BLANCA

Quiero saber si la distancia puede
empañar el relieve cristalino
de esta labrada sustancia del amor
que yo siento por todas las que has sido.

No es el vidrio lo que le da altura,
ni la cumbre siquiera: es el tumulto
de sombras y de vidas, huracanes
que, desde un limbo, descubrimos juntos.

Quiero saber si, cuando dudo, muere
o si se eclipsan sus incandescencias.
Saber si se nos quiebra o se mutila,
si con el paso de este tiempo tiembla.

¿Que es mortal? Está bien, ya lo sabía:
lo ha fundado un mortal. Sólo hace falta
que permanezca dúctil, invencible,
mientras que uno de nosotros viva.

Prisión de Canaleta
Febrero 2004

MALA MENTE

Amé a mujeres buenas, cariñosas,
mujeres esenciales y accesibles,
espíritus y almas transparentes,
manos y vidas limpias, sin abismos.

Bellas señoras graves que pasaron,
y yo pasé por ellas, como un río.

Pero a ti te amé más porque eres mala,
y la maldad produce emoción pura
que permanece, canta, duele y quema.

Marzo-Abril 2004

POEMA PARA LOCALIZARME

Escríbeme una nota que me hable
del azar, de tu cara, y de las venas,
una nota de duelo, de regreso
desde las catedrales de las penas.

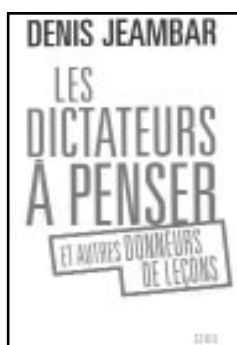
Que diga confusión y firmamento,
indemne, encadenada y presunción.

Un manuscrito que he esperado siempre,
una escaleta de arrepentimiento,
un dolor que me toque y que me asalte.
Un llanto relativo que me empañe
los ojos tristes y los espejuelos.

Una reseña del amor perdido,
la crónica letal de esos que fuimos,
las palabras finales con el mapa
(la cruz de tinta que señala el sitio)
donde abriste la tumba en la que vivo.

Cuadernos de pensamiento político

Los dictadores del pensamiento



DENIS JEAMBAR
Les dictateurs à penser
 Éditions du Seuil, París, 2004.

«Esto no le va a gustar a todo el mundo». Así reza la frase que llama inmediatamente la atención del lector desde la contraportada del libro. Y, cuando uno comienza la lectura y ve que la frase no exageraba, se alegra. El lector se alegra porque ya estaba aburrido de leer siempre banalidades políticamente correctas, ocurrencias vacuas y comentarios de clase de párvulos. El lector de verdad está harto de oír siempre la misma cantilena, diseñada para adormecer las conciencias bajo diversos disfraces. Por eso es una alegría tener entre las manos un libro como éste. Un libro provocador en el mejor sentido de la palabra. Un libro que nos hace replantearnos las aparentes evidencias del mundo actual. Un libro que hace pensar.

Denis Jeambar nos abre una nueva ruta, apartada del marasmo propagandístico que nos rodea, y nos muestra el verdadero rostro de la situación política actual. Y lo hace amparándose en dos pilares fundamentales: la lucidez y la

sinceridad. Lucidez para no dejarse llevar por las opiniones generalizadas, que toman su fuerza de la repetición irreflexiva, y para poder analizar serenamente la realidad. Sinceridad para huir del chauvinismo y afrontar unos hechos que llevan a una autocrítica tan dolorosa como necesaria para que Francia pueda salir del atolladero en que se encuentra.

Desde su propio título, *Les dictateurs à penser* critica las enfermedades de la política francesa actual. Entre ellas destaca el hecho de que la clase política —ya muy profesionalizada, y sólo preocupada por mantener su posición— ha dejado las riendas de su actuación en manos de los falsos expertos, los politólogos a la violeta y los comunicadores endiosados. Así, se ha llegado a una democracia de la emoción, en la que no cuenta la verdad sino la apariencia. La estadística prevalece sobre la razón, el gregarismo sobre las ideas, y el impacto mediático sobre la valoración

Cuadernos de pensamiento político

real de los hechos. Las grandes palabras esconden mezquinos intereses particulares, y los votantes se dejan embaucar por charlatanes que adulan su oído. Todos –políticos, intelectuales, periodistas– se entregan a un juego vacío, a un carrusel sin sentido en el que sólo importa el movimiento constante: un movimiento que sólo lleva al inmovilismo más acentuado y a que cada uno de los actores conserve sus prebendas y su parcela de poder.

Frente a este tiovivo asentado en la demagogia más absoluta, Denis Jeambar opone su memoria y su sentido común. Una memoria que le permite recordar situaciones previas y denunciar las incoherencias de los nuevos gurús del pensamiento. Un sentido común que no se deja arrastrar por las falacias del verdadero «pensamiento único» que recorre Europa: el de un progresismo trasnochado e incongruente, unseudoprogresismo endogámico que sólo engendra hijos autistas.

¿Cómo no va a levantar ampollas este libro dentro de la autosuficiente Francia, si ataca a todos los mandarines del poder y de la información, si tira una piedra que agita las plácidas aguas de la demagogia? Denis Jeambar se granjeará muchos enemigos con esta obra. Pero es un precio pequeño si consigue que la gente reaccione y haga algo por salir del punto muerto en que se encuentra la Francia del siglo XXI. Una Francia anclada aún en la *grandeur* previa a la descolonización y la Segunda Guerra Mundial, y que se sigue contemplando, como la madrastra de Blancanieves, en su complaciente espejo de

guardiana universal de la Cultura, la Ilustración y los Derechos Humanos.

Jeambar hace un profundo y sutil repaso a los problemas y las carencias que se esconden en Francia detrás de la grandilocuencia de los dictadores del pensamiento, de los maestrillos de la política que engatusan a la audiencia con sus trucos de prestidigitación. Así, vistos a la luz de la razón, comprobamos que la excepción cultural no es más que una búsqueda de la subvención, basada en un inmovilismo cultural de casta; que el *affaire Battisti* es un resabio antidemocrático de la izquierda para la cual el fin justifica los medios; que el antiamericanismo francés en la Guerra de Irak es parte del doble juego de una potencia venida a menos que intenta por todos los medios recuperar su antiguo estatus internacional; que el linchamiento de Aznar proviene del odio y la envidia ante un político que ha sabido hacer bien las cosas por su país mientras la casta política francesa lleva a Francia a la deriva hace treinta años. Y vemos, también, que no habrá arreglo en Francia mientras la situación siga en manos del círculo vicioso formado por politólogos, comunicadores y realizadores de sondeos.

¿Y sólo en Francia ocurre esto? Jeambar habla de lo que conoce, de su propio país. Pero su lúcido análisis se puede extender fácilmente a nuestra realidad española. Los males que él señala en Francia –demagogia, manipulación de los medios, apatía y mollicie generales, democracia de la emoción basada en la dictadura de lo efímero...– también se encuentran en España. Cada día vemos más señales de que aquí, como en el

Cuadernos de pensamiento político

país vecino, los políticos se preocupan sólo de mantener su puesto. El esfuerzo se centra en conseguir el voto *ahora*, y no se piensa en el legado que se va a dejar a las generaciones futuras.

Les dictateurs à penser es un revulsivo frente al pensamiento único de la seudoprogresía, y frente a la inanidad de la corrección política que acapara los debates actuales. Todo un reconstituyente para el pensamiento libre, escrito, además, con la clara y amena prosa de un periodista avezado –Denis Jeambar es jefe de redacción de *L'Express*–, que también tiene en su haber varias novelas. Un libro valiente, que se atreve a ir más allá de la superficie y nos da las claves del juego político actual. Un libro que no hay que perderse.

DIEGO VALVERDE VILLENA

La lección de un inglés

VALENTÍ PUIG

Por un futuro imperfecto. Los retos políticos en el umbral del siglo XXI.

Ed. Destino. Colección Imago Mundi.

No es habitual que un autor confiese haberse quedado a medias en un trabajo, o admita compartir con los demás un conocimiento parcial del mundo. Y menos aún si este autor se ha caracterizado siempre por predicar la excelencia, por situar el esfuerzo y el rigor en

el epicentro de cualquier actividad humana, ya sea manual, ya intelectual. A no ser que lo haga por falsa modestia y cuente, en definitiva, con que el lector sabrá dar la vuelta a sus palabras y entender justo lo contrario de lo que expresan. No es este el caso de Valentí Puig. Cuando en el prólogo a *Por un futuro imperfecto* Puig define su propia obra como «un repaso incompleto de lo que sabemos fragmentariamente sobre el paso del siglo XX al XXI», a nadie engaña. Y no sólo porque en esto consiste, precisamente, el ensayo que Ediciones Destino acaba de publicar, sino, sobre todo, porque no existe en esta materia otra actitud razonable desde un punto de vista epistemológico. La asunción de la imperfección, de la no completación, de la fragmentariedad, se convierte –de forma paradójica, por cuanto se opone a los principios mismos del conocimiento científico– en el único medio de abrirse camino hacia la verdad. Seguramente porque sólo cuando uno tiene asumido que la razón –el rasgo distintivo, al fin y a la postre, de la humanidad– es un territorio limitado, se halla en condiciones de sacar el máximo partido a lo que estos límites encierran.



Cuadernos de pensamiento político

Toda la obra ensayística de Puig, desde su primer dietario, *Bosc endins*—recuperado hace un par de años, junto a *Matèria obscura*, en *Porta incògnita*—, hasta *L'os de Couvier*, su disección reciente de una cultura catalana huérfana de magisterios y profundamente desnortada, constituye una vasta reflexión sobre la condición humana, una reflexión sujeta en todo momento a una misma divisa: la de no engañarse, ni sobre el mundo en que uno vive ni sobre la presencia de uno en este mundo. Lo que equivale, de paso —y no es poco—, a no engañar al lector. Pero, de este *continuum*, tal vez sea *El hombre del abrigo* la pieza más significativa, porque es allí, a mi juicio, donde mejor se acuerdan la divisa y el punto de mira escogido —el pensamiento de Josep Pla, en este caso—. Para Puig, siguiendo a Pla, este siglo que Zbigniew Brzezinski ha calificado de «siglo de la megamuerte» y cuyo telón cayó con el Muro de Berlín, ha sido sin duda alguna el peor de todos. Basta ver el balance: 175 millones de muertos por razones ideológicas. Estas razones, obviamente, eran en gran parte las utopías que la humanidad había ido alimentando desde los tiempos de la Ilustración y el Romanticismo, y que este siglo maldito, sirviéndose de los avances obtenidos por la ciencia y la técnica en la centuria anterior, había pretendido convertir a sangre y fuego en realidad. De ahí —señalaba Puig en su ensayo— que aquel hombre del abrigo, en las cerca de treinta mil páginas de su obra completa, advirtiera repetidamente a sus lectores de que no hay grandes soluciones a los grandes problemas, de

que el bien y el mal son consustanciales a la especie y a su propia evolución. Y de ahí también que no abrigara otra esperanza con respecto a esta especie que la de su estricta supervivencia. En el mejor de los casos, se entiende.

Este es, pues, el precedente más nítido de *Por un futuro imperfecto*. Con la diferencia de que el propósito de Puig, en este ensayo, ya no es la interpretación del pasado a partir del pensamiento de uno de sus autores de cabecera, sino el análisis del presente y su posible proyección hacia el futuro. Dos hechos marcan este presente: por un lado, la caída del Muro y la liquidación definitiva del espejismo socialista; por otro, el atentado del 11 de septiembre de 2001 contra las Torres Gemelas y la aparición de una nueva modalidad de terrorismo. Entre una y otra fecha median doce años. Un largo tránsito entre siglos, una tierra de nadie durante la cual el mundo se ha ido adaptando a una nueva realidad, caracterizada por la ausencia de bloques y por la libre circulación, a escala global, de bienes y personas. Y, en especial, por el triunfo de lo que el autor denomina, con gran acierto, «la conexión intrínseca entre propiedad y libertad». Ahora, cuando han transcurrido casi tres años desde la segunda de aquellas fechas —Puig da por concluido su ensayo a inicios de junio de 2004—, las principales consecuencias de este tránsito son ya visibles y difícilmente eludibles de cara al futuro.

La obra no establece prelación ninguna entre los factores que van a concurrir en la formación de este futuro. Una vez sentado que no hay otra brújula para

Cuadernos de pensamiento político

navegar que la asunción de la imperfección como algo consustancial a la especie, el resto de los factores se van entrelazando en la exposición, hasta llegar al último de los capítulos, en que, mediante cien apotegmas, el autor compendia todo su pensamiento. A grandes rasgos, estos son los principales desafíos a los que habrá, según él, que hacer frente. En primer lugar, el reconocimiento de la victoria de Occidente, es decir, de los valores acuñados durante siglos en la vieja Europa y llevados a su máxima expresión por Estados Unidos, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial. Por eso resulta en todo punto necesario reforzar los lazos atlánticos, encarnados por la OTAN —a la que Václav Havel ha definido como una alianza «moral» por lo que supone de defensa de las libertades y preservación de una cultura común—, y luchar contra el tumor del antiamericanismo, muy extendido entre los intelectuales de los países del sur de Europa —España, Francia, Italia—, donde el comunismo tuvo cierta implantación cuando la guerra fría. Por eso, y porque no tiene ningún sentido perder el tiempo inútilmente. Como sostiene Puig, si los factores que permiten calificar a una potencia como global son cuatro —el militar, el económico, el tecnológico y el cultural—, no hay duda de que «Estados Unidos es hoy imbatible». Para bien y para mal. Pero Europa no sólo aparece como sujeto de reflexión en tanto que estadio previo de lo que es hoy Norteamérica. También figura en el libro por sus propios méritos, como una suerte de alma en pena, en busca de identidad. O como

work-in-progress. En este punto el autor es terminante: Europa sólo podrá construirse por sedimentación, como los arrecifes de coral, en la medida en que los pueblos que la forman vayan sintiendo —como ya han empezado a sentir— la necesidad de acercarse unos a otros. Pretender una lenta disolución de las 25 naciones constituyentes en una gran nación —a semejanza de unos Estados Unidos de Europa—, simplemente porque han suscrito una misma Constitución, no deja de ser una quimera. No en vano la cosa comenzó con una Comunidad Europea del Carbón y del Acero, es decir, sobre «bases reales». Y así debería seguir.

Con todo, el factor determinante de este principio de milenio, y cuya concepción y primer desarrollo corresponden precisamente a los doce años de transición entre siglo y siglo, es la revolución tecnológica, lo que muchos han convenido ya en llamar la era digital. Hace más de ochenta años, el periodista Agustí Calvet, *Gaziel*, escuchaba maravillado en un piso del Ensanche barcelonés la transmisión en directo de un concierto que se estaba desarrollando en aquellos mismos momentos en un auditorio de París. Eran los primeros vagidos de la telefonía sin hilos, de lo que luego sería conocido como la radio. Pero aquel asombro inicial del periodista había dado pie en seguida a una honda preocupación. No por la radio en sí; por la ciencia y sus inventos. Porque *Gaziel*, que acababa de vivir a pie de obra la Primera Guerra Mundial, sabía que los avances de la ciencia tanto podían reportar grandes beneficios a la humanidad como

Cuadernos de pensamiento político

daños irreparables. Y los tiempos no invitaban precisamente al optimismo.

Pues bien, algo parecido podría decirse de los avances científicos actuales tras el atentado de Manhattan. Y, aun así, señala Puig en su ensayo, la revolución tecnológica no sólo es imparable, sino que debe ser bienvenida, por cuanto va a permitir «universalizar la comunicación humana, de forma instantánea, ilimitada y libre», y profundizar hasta cierto punto en la democracia, volviéndola más participativa, en la medida en que «la política del siglo XXI (...) irá desplazándose de la jerarquía a la red, a las redes, a las tecnologías en red». Por supuesto que no todos los efectos –a los que habría que añadir, entre otros, la ampliación de los mercados– son de la misma naturaleza. No todo es positivo, en una palabra: la red también favorece, por ejemplo, la proliferación del terrorismo, su invisibilidad, la opacidad de sus transacciones, la rapidez de sus movimientos, la dificultad de su localización. La globalidad, en suma, tiene siempre dos caras: una buena y una mala. Como la vida. Por lo que no conviene, ciertamente, hacerse demasiadas ilusiones. Pero tampoco tirar la toalla.

Por un futuro imperfecto no sólo es esto, claro. También es el porvenir de la socialdemocracia, el encaje de la inmigración en una Europa envejecida, el descrédito de los intelectuales, las oportunidades del individuo frente al Estado, las añagazas del multiculturalismo. Y son también las enseñanzas de Tocqueville, Orwell, Steiner, Berlin u Ortega; o las de Niebuhr, Michnik, Kaplan o Huntington. Y, aún, como sostén a lo anterior, una multitud

de hechos, de datos, de elementos probatorios. Pero *Por un futuro imperfecto* es sobre todo una lección, una gran lección. Una gran lección de pragmatismo impartida por un liberal que lleva muchos años navegando a contracorriente, es decir, no engañándose ni engañando a los demás. O lo que es lo mismo: pensando como un inglés en un país donde la mayoría de los pensadores ha preferido siempre el bálsamo de la utopía al rigor de la realidad.

XAVIER PERICAY

¿Derecho de autode-terminación?

SANTIAGO ABASCAL CONDE
**¿Derecho de autodeterminación?
 Sobre el pretendido derecho de
 secesión del Pueblo Vasco.**

Centro de Estudios Políticos y
 Constitucionales, Madrid, 2004.

El derecho de autodeterminación es uno de los temas recurrentes en la vida política española desde que a finales del siglo XIX surgieron, como reacción al desastre del 98, los fenómenos separatistas en Cataluña y el País Vasco.

Actualmente asistimos a una revitalización de la polémica por las prisas que mueven a diversos partidos nacionalistas a aprovechar una coyuntura parlamentaria que, en principio, tan favorable

Cuadernos de pensamiento político

les resulta a causa de la debilidad de un Gobierno socialista en minoría y condicionado por su alianza gubernamental en Cataluña con Esquerra Republicana. En este contexto ha aparecido muy a tiempo este notable estudio del parlamentario vasco Santiago Abascal Conde, editado por el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales y cuya primera edición está prácticamente agotada.

La lógica perspectiva jurídica adoptada por el autor para afrontar tan actual tema no debe llevar a la sospecha de que nos encontramos ante un árido análisis jurídico sin interés para el lector medio interesado en las grandes cuestiones políticas de la España de nuestros días. Lejos de ello, el presente trabajo comienza con una oportuna introducción histórica que encuadra el problema en el tiempo y en el espacio, dado que el derecho de autodeterminación no surge de la nada sino que se trata del resultado de una evolución histórica muy precisa que pocas veces se explica. Los procesos de unificación decimonónicos, la enunciación del principio de las nacionalidades en la Italia garibaldina, la influencia del pensamiento marxista-leninista, la proclamación de Wilson y la descolonización afroasiática tras la Segunda Guerra Mundial, son pasos históricos que Abascal recorre y explica para ubicar la formulación actual de dicha figura jurídica en su debida perspectiva histórica.

El autor hace igualmente un repaso por los orígenes y los fundamentos ideológicos de los tres nacionalismos más representativos, el catalán, el vasco y el gallego, haciendo hincapié en el actual discurso autodeterminista de sus respec-



tivos programas. Tras ello dedica unas reveladoras páginas a repasar el tratamiento que el derecho de autodeterminación recibió en los debates constituyentes de 1978 y, en general, en los años de la Transición, época en la que la izquierda española en su conjunto, desde el PSOE hasta el PCE, tardó en sacudirse el dogma autodeterminista que había recibido por contagio de los nacionalismos vasco y catalán durante los largos años de exilio.

Entrando ya de lleno en el análisis del derecho de autodeterminación, Abascal señala que los nacionalismos que continúan apelando a tan problemático derecho y lo utilizan como argumento electoral en la España de nuestros días, ocultan sistemáticamente a sus votantes la inaplicabilidad de dicha figura a una realidad como la española, por completo ajena a las situaciones coloniales o discriminatorias de una parte de su población por motivos raciales o religiosos para las que fue pensada. La normativa y la jurisprudencia internacionales así lo han venido reiterando desde el nacimiento de la ONU, dejando clara la imposibilidad de aceptar la secesión de territorios incluidos en Estados constituidos.

Cuadernos de pensamiento político

El principio de autodeterminación aparece recogido por primera vez en la Carta Fundacional de la ONU (art. 1, párr. 2). Ya en esta fundacional ocasión se aclaró que «*Los pueblos tienen el derecho de administrarse a sí mismos, pero no el derecho de secesión*».

Desde entonces, tanto los textos legales como la práctica de la ONU han confirmado reiteradamente que el derecho de autodeterminación se considera de plena aplicabilidad en los casos de descolonización, y se rechaza, por considerarlo «*incompatible con los propósitos y principios de la Carta de las Naciones Unidas*», en los casos que supongan la secesión de un territorio que forme parte de un Estado miembro.

En su contundente contestación a los planteamientos nacionalistas, Abascal toma a menudo como hilo conductor el trabajo del autor nacionalista José A. Obieta Chalbaud, *El derecho humano a la autodeterminación de los pueblos* (Tecnos, 1993), texto utilizado por el departamento de Derecho Internacional de la Universidad de Deusto y cuyos planteamientos son empleados diariamente por los representantes de los diversos partidos nacionalistas. Junto al habitual concepto nacionalista de *pueblo* —esa entidad tan difícil de definir— como sujeto de derechos, las tesis del mencionado autor sobre quién puede pertenecer al pueblo y ejercer, por lo tanto, el derecho de sufragio, conducen a la aberrante discriminación en la atribución de la ciudadanía dependiendo del grado de identificación de cada ciudadano con los objetivos nacionalistas. De este modo, a los vascos definibles objetivamente,

según el nacionalismo, por sus características personales —apellidos, lengua, cultura— ha de añadirseles el que Obieta denomina elemento subjetivo —ser nacionalistas—, pues, de lo contrario, se convierten en «*tránsfugas culturales*». La consecuencia de dicha traición cultural la explica Obieta con claridad:

«*En consecuencia, tales personas dejan de estar en adelante legítima y moralmente cualificados para hablar en nombre de ese pueblo y para tomar parte en la discusión y determinación de los asuntos públicos que conciernen exclusivamente a él, aunque conserven su derecho a participar en aquellos otros que afectan a la vida pública de todo el Estado*».

El trabajo de Abascal es un oportuno acercamiento a una cuestión de trascendental importancia, generalmente arrinconada en el estrecho ámbito de la literatura jurídica y alejada de la discusión política cotidiana como si se tratase de un asunto de tan ardua comprensión que debiera quedar apartado del conocimiento de la población no versada en leyes. Ello es, precisamente, lo que ha permitido a los nacionalismos aprovecharse de la indudable potencia propagandística de una aspiración política partidista que es presentada a sus votantes como un derecho indiscutible, consiguiendo con ello un plus de legitimidad para sus planteamientos y la paralela deslegitimación de sus oponentes por «oponerse a un derecho». Y, nos recuerda Abascal, de esta oposición a un muy discutible derecho deriva nada menos que el terrorismo nacionalista, que no por casualidad se ejerce en nombre de una libertad nacional que todos

Cuadernos de pensamiento político

los nacionalistas, sin distinción de partidos, consideran pisoteada por quienes niegan la razonabilidad de este pretendido derecho.

Esta es, pues, la principal virtud de las páginas escritas por el joven parlamentario vasco: haber conseguido acercar al lector medio, de un modo no por ameno menos riguroso, una problemática que seguirá marcando insistente —y trágicamente— la vida política de nuestro país.

JESÚS LAÍN

tual europea, la española a remolque, busca salvar los restos del naufragio ideológico comunista arribando en playas vírgenes. Como denunciara Revel en *La gran mascarada*, los intelectuales de izquierda prefieren embestir contra la civilización occidental antes que denunciar las millones de muertes provocadas por la barbarie de la dictadura del proletariado. En su ayuda, los nuevos ropajes del ecologismo acientífico y del movimiento antiglobalizador y anticapitalista, sucesores de los raídos andrajos

Los nuevos clérigos

ENRIQUE DE DIEGO

Los nuevos clérigos

Editorial Libros Libres. Madrid, 2004.

Es *Los nuevos clérigos* un libro importante. Enrique de Diego, escritor, periodista, politólogo, subdirector de la revista *Época*, liberal por convicción, ejemplo y obra, acude de nuevo a la batalla de las ideas con un ensayo fundamental para la ciencia política escrita en español. Porque definitivos son muchos de los asertos que su obra sostiene y que podríamos resumir con esta sola frase: «ser hoy anticlerical es un instinto de supervivencia, un imperativo categórico de amor a la libertad». Suena radical, habrá que explicarlo.

Para nuestro autor, después del fracaso del socialismo real, la progresía intelec-



marxistas-leninistas, bien aderezados no ya por la obsesión antiamericana sino por la destrucción de lo que constituye la base de la civilización occidental, la libertad y la democracia, son las casullas que gustan los «nuevos sacerdotes» —los ha denominado Guy Sorman—, los fatuos intelectuales que describe Paul Johnson. Con ellos, señala De Diego, ya Tocqueville denunciaba el papel político de los «filósofos» en la deriva totalitaria de la Revolución Francesa, fe racional cuyas sombras se alargan todavía en nuestro tiempo.

Los nuevos clérigos, a la manera de las antiguas órdenes mendicantes medie-

Cuadernos de pensamiento político

vales, son los nuevos rectores de esta creencia consagrada a los poderes del Estado sobre el individuo. La comparación pudiera escocer, pues no se atisba semejanza alguna entre este círculo sectario con la doctrina revelada por Jesucristo —«la verdad os hará libres»— en el Evangelio, que es desde hace más de veinte siglos una de las grandes religiones del mundo, raíz indisoluble de la historia de Europa pese a la Constitución Europea, que De Diego no defiende. A no ser que con la metáfora religiosa estemos ante un artificio para poder comprender mejor la imaginería *progre* que busca edulcorar ante la opinión pública los horrores de una ideología fracasada, no muerta, y cuyo primer artículo de su credo es la sumisión del individuo al Estado, la esclavitud.

Esta nueva secta de clérigos seculares estaría hoy compuesta fundamentalmente por docentes, actores y periodistas, grupos de presión mutuamente retroalimentados en sus peticiones y prebendas corporativas. Nuevas órdenes mendicantes que, si bien paganas, habrían dejado de servir a la sociedad para adorar al nuevo tótem, el Estado laico, que a través del presupuesto proporciona protección, seguridad y, paradójicamente, ingresos cuantiosos a sus afectos.

Secta pues, de pretendidos clérigos, intelectuales fariseos de una izquierda fracasada y reconvertida a nuevos modos de bondad ecologista y a nuevas modas antiglobalizadoras, dispuestos a explicarle a la humanidad dónde reside la verdad y con qué métodos alcanzarla. Clerecía en todo caso miope y, en el

fondo, resentida aún por el derrumbe, a final del pasado siglo, de la mitología marxista. Clerecía capaz, sin embargo, de dinamitar desde dentro los cimientos del mismo sistema democrático y capitalista donde plácidamente obtiene refugio, y de proporcionar argumentos arteros a los nuevos enemigos de Occidente, el terrorismo y el fanatismo religioso, aquellos que trágicamente, como se ha comprobado tras el 11-S y el 11-M, están dispuestos a acabar con nuestra civilización, precisamente por representar valores superiores a los suyos. Clerecía feliz, progresía en la inopia, mezcla de buen talante y buen rollito universal aprendido de urgencia en un telediario de la 2, que tiende puentes de plata al enemigo que acecha, cuyos sermones suenan a rendición, imagen que tan lamentablemente transmite nuestro presidente de Gobierno Rodríguez Zapatero cuando proclama contra Huntington y los derechos humanos una imposible «alianza de civilizaciones».

A todo ello, a todos ellos, clérigos millonarios en ocasiones, dedica Enrique de Diego muchos de sus argumentos, reflexiones y juicios. Desde la telebasura, «dudoso logro del periodismo progresista», a la Universidad, donde los docentes defienden la estatalización como «conquista social» y olvidan el esfuerzo del alumno y la calidad de la enseñanza, pasando por los actores de la «excepción cultural», el «hay motivo» o el «no a la guerra». En este apartado denuncia De Diego las contradicciones de los autores apesabrados en gremios y monopolios, verdaderas mafias que imponen cánones a la sociedad civil, persiguen a los inmi-

Cuadernos de pensamiento político

grantes del «top» manta (¿a éstos no se les pide regularización?) y dictan servidumbres en nombre de los derechos de autor... ¿y no es el mismo caso de defensa intelectual el de las patentes en las industrias farmacéuticas?, aduce De Diego. Y no hace falta contestar, seguramente cada ciudadano, en su fuero interno, ya sabe y ha interiorizado la respuesta proporcionada: lo uno es defensa de la propiedad intelectual, lo otro es una agresión injustificada del capitalismo salvaje contra los países subdesarrollados. La defensa de la propiedad privada sólo cuando conviene, debe ser una de las máximas de estos nuevos religiosos de la estatalidad.

Entramos así en un capítulo destacable, el que señala las trágicas coincidencias entre estos falsos sacerdotes de la modernidad y la fe exaltada de los integristas islámicos en su errada concepción teológica de la existencia humana. El autor rinde admirado tributo a Oriana Fallaci y a su libro *La Rabia y el Orgullo* cuando apunta que la primera y más funesta coincidencia —«Occidente es el mal, Occidente es el enemigo»— resulta esencial para comprender la realidad que hoy nos circunda. Nuestros clérigos, destaca De Diego, son los primeros en transmitir al Tercer Mundo una visión que provoca odio hacia lo occidental y que plantea una pregunta dramática y difícil de responder: si nuestros medios dicen continuamente que el terrorismo es producto de la pobreza y que Occidente es responsable de ella, entonces ¿no están legitimados los terroristas fanáticos para actuar contra nosotros? Osama Bin Laden parece haber enten-

dido el mensaje perfectamente. Zapatero, evidentemente, no.

Ello nos introduce en otra sangrante coincidencia, el odio hacia la libertad, hacia la superioridad moral de una civilización que consagra la igualdad de sexos y la libertad de cultos, asignaturas pendientes para el islam. Y ese odio apunta además directamente hacia los principios, las ideas, los partidos políticos y sus líderes, que en Occidente defienden la vida y la libertad como valores superiores. En este mismo sentido, señala De Diego la nueva coincidencia, «la izquierda odia a Aznar porque en el ejercicio del poder demostró la superioridad ética y la eficiencia superior del liberalismo respecto al socialismo».

Y es que nuestros *progres* de salón —patético el caso del actual ministro del Interior, antes juez, José Antonio Alonso— parece ser que cambian de opinión sobre el terrorismo o sobre cualquier asunto según sople el viento del poder. Y aunque De Diego no llega a recoger la actual polémica sobre la nación española defendida por el ministro Bono, el de las autocondecoraciones y medallas, o la «comunidad nacional», como otorga Maragall y Zapatero calla, sí anticipa muchas de estas claves futuras en los últimos episodios —«No a la Constitución europea», «Carta a un joven anticlerical»— y en los sabrosos apéndices —«Nombres propios del integrista y guía terminológica islámica», «Diccionario»— de un libro que incorpora por demás un muy útil «Índice Onomástico». Apoyado en la cotidianeidad de quien por profesión es privilegiado testigo de la realidad política, *Los Nuevos Clérigos*

Cuadernos de pensamiento político

es un libro de esencias y fundamentos, otro más en el ya dilatado empeño del autor por anticipar los movimientos y las ideas que sacuden nuestras conciencias y a veces, desgraciadamente, nuestras sociedades occidentales. Desde sus clásicos *En el umbral del Tercer Milenio*, *Privatizar las mentes*, *Nuevos Tiempos: de la caída del Muro a Maastricht* o *La España posible*, a sus últimos éxitos editoriales, *Pretorianos*, *El último rabino*, *Días de Infamia* o *Corazón Templario*, los ensayos y novelas de Enrique de Diego persiguen una tarea tan noble como a veces incomprendida, la de descifrar las claves del pensamiento humano y combatir las ideologías que esclavizan al hombre e impiden el desarrollo del más preciado de sus valores después de su propia existencia: la libertad.

JOSÉ MANUEL DE TORRES

Terrorismo y democracia

EDURNE URIARTE

Terrorismo y democracia tras el 11-M

Espasa Calpe. Madrid, 2004.

Es normal que después de los atentados perpetrados en Madrid el 11 de marzo del año pasado las librerías se llenen de títulos dedicados a ese suceso, a sus causas y a sus consecuencias. Igualmente, es normal que muchas de esas

obras no sean sino trabajos apresurados o emotivas compilaciones. Es improbable, por el contrario, que algunas de ellas sean obras de referencia, que digan algo que se eleve sobre la crónica periodística, y que nos ayuden a entender lo que nos ha pasado y lo que nos puede llegar a pasar, situándose incluso en abierta contradicción de lo que a muchos les parece evidente. Sin embargo, esas rarezas también acaecen, y una de ellas es obra de Edurne Uriarte y lleva por título *Terrorismo y democracia tras el 11-M*.

La redacción de un libro puede realizarse con gran rapidez y sin merma alguna de su rigor y de su profundidad cuando lo que se hace mediante él es exponer ideas y argumentos maduros, pensados y fortalecidos durante mucho tiempo. De hecho, la obra de Edurne Uriarte—redactada durante la primavera de 2004—, podría haber sido publicada igualmente en ausencia de la matanza de Madrid con escasas modificaciones, apenas las que aluden directamente a esa fecha, que es un caso de estudio—especialmente cuidado— de los muchos que se exponen, todos igualmente trágicos, pero muchos ignorados o minusvalorados. Por eso, a diferencia de lo que es frecuente, lo ocurrido en los últimos meses, en España y fuera de España, no sólo no le resta actualidad sino que se la presta.

En realidad, esa parece ser una de las intenciones de Uriarte, hacernos ver que lo que para nosotros constituye una fecha imborrable no es para los terroristas sino un día más, una muesca más que se suma a una ya larguísima serie

Cuadernos de pensamiento político

que seguramente aún será mucho mayor, y que lo que nos ha ocurrido forma parte de una estrategia global en la que España es –era antes de la Guerra de Irak y sigue siendo hoy– un objetivo prioritario: una guerra que se nos ha declarado y que nos resistimos a dar por cierta. Y también que lo que ocurrió alrededor del día 11, la reacción ciudadana, la de los medios de comunicación y la de muchos de nuestros políticos más destacados, tiene precedentes en nuestra historia reciente, que están ligados a un tiempo oscuro al que desgraciadamente parece que estamos volviendo, ese en el que el asesinato de un policía nacional o de un guardia civil era contemplado como un ajuste de cuentas entre terroristas y «franquistas» –culpables de que hubiera terrorismo, sus causantes, provocadores de esa «reacción desesperada»–, pese a la evidencia de que ETA mataba más a medida que la democracia española se consolidaba y se fortalecía: la búsqueda de las razones del terrorismo –causas comprensibles sobre las que se puede hablar, dialogar– y el ingenuo intento de desactivarlas mediante la negociación o la cesión. En el fondo, la conversión de la excepción (el terrorista) en regla, puesto que la inmensa mayoría de quienes comparten con el terrorista origen y circunstancias (esas que para muchos «explican» lo que ocurre), permanecen al margen del terrorismo.

Edurne Uriarte es «experta» en terrorismo, y aquí esa palabra no es –como en tantas ocasiones– gratuita. Desarrolla una actividad universitaria de primera línea relacionada con él –ahora como

miembro de la Unidad de Documentación y Análisis sobre Terrorismo de la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid, en la que ejerce como catedrática de Ciencia Política–, conoce el terrorismo porque lo estudia, y también porque lo padece personalmente. Y esa pericia le permite distinguir en la lejanía lo que otros no ven sino cuando ya es demasiado tarde. En el País Vasco quienes



aman la libertad y la defienden han tenido que erigir fortalezas y atalayas, soportar emboscadas y advertir trampantojos y camuflajes, desarrollar un instinto de supervivencia ante el terrorismo en todas sus formas –que son muchas–, y han aprendido dolorosamente «a verlo venir». Por eso, Uriarte rechaza los «mimos» con los que los políticos y los medios de comunicación adulan a la ciudadanía y exaltan su «firmeza» ante el terrorismo y su «sabiduría» ante las urnas, con frecuencia una versión sublimada del miedo, de la elusión de responsabilidades y del rechazo a la verdad de lo que es el terrorismo islamista. Lo mismo que durante muchos años ocurrió con ETA, y en ambos casos como efecto de la interpretación progresista o izquierdista del

Cuadernos de pensamiento político

terrorismo, y de su rápida adopción por la opinión pública mayoritaria, incapaz de soportar la angustia de pensar que alguien la ha colocado en su punto de mira por ser lo que es y, por lo tanto, sin remedio posible salvo el combate y la victoria. E incapaz de escuchar a quien advierte de ello, que es rechazado como si fuera la causa misma del terror y no su primer remedio.

Uriarte conoce la verdad del compromiso de los españoles con la libertad durante muchos años, y sabe que sólo después del asesinato de Miguel Ángel Blanco se produjo un movimiento popular, cívico, beligerantemente contrario al terrorismo, genuina y activamente antiterrorista. Y quizás, aun entonces, un movimiento sólo transitorio. Una cosa es una declaración de repulsa y otra el combate diario. Y en éste, los españoles no hemos sido todo lo ejemplares que los casos de ETA y de Al Qaeda exigen. Por eso, desconfía de las iniciativas populares y demanda liderazgo y Estado, es decir políticos capaces de derramar, entre tanta catarata de almíbar, algo de hiel en los oídos de la ciudadanía, y de «hacer» una política antiterrorista fundamentada en el conocimiento preciso de lo que el terrorismo es. Conocimiento que debe llevar a identificar al terrorismo islamista como la mayor amenaza de nuestro tiempo para la seguridad, por su intención, por sus medios, por su implantación actual y potencial y sobre todo, porque, como reveló el 11-M, caer en la cuenta de su existencia supone saberse en estado de guerra «personalmente», «movilizado» para un combate con el que no se

contaba, y eso no es fácil de aceptar. Lo que ralentiza hasta la exasperación la necesaria reacción de la opinión pública y mantiene en primer plano el falso dilema «seguridad o libertad». Por eso los políticos no pueden ir de la mano de los electores, sino por delante de ellos. Hay en la reflexión de Edurne Uriarte un fondo orteguiano, una alusión a la advertencia de José Ortega y Gasset sobre la condición «inerte», pasiva, del hombre moderno, particularmente del europeo, que vive en un mundo que le proporciona un bienestar y una seguridad que cree «naturales» y que, por tanto, «exige». Eso mismo lo lleva a creer que cuando esa seguridad falta es porque alguien en su propio país ha hecho algo que le ha privado de ella, alguien que es, por tanto, culpable de lo que pasa, de lo que no habría acontecido si las cosas hubieran seguido su curso natural. Esta es, exactamente, la interpretación dominante sobre la matanza de Madrid. Por eso —y por las referencias bibliográficas presentes en él: Glucksmann y Kagan, sobre la oposición entre los Estados Unidos y Europa; Zakaria, sobre el valor del elitismo y del liderazgo; Laqueur, Gray y Elorza sobre el islamismo y su vocación pánica y violenta...— *Terrorismo y democracia tras el 11-M* es, en realidad, un libro sobre la vigencia de los principios democráticos, sobre su viabilidad y sobre su vulnerabilidad, una de cuyas expresiones, sin duda la más urgente, es el terrorismo islamista. Esa vulnerabilidad de la democracia es su ocupación prioritaria, y su diagnóstico es que padecemos lo que en alguna ocasión Fernando

Reinares –referencia reiterada en la obra– ha denominado «patologías del antiterrorismo». La primera de ellas, ignorar la amenaza y su letalidad, que es hoy casi inimaginable.

MIGUEL ÁNGEL QUINTANILLA NAVARRO

El islamismo contra el islam

GUSTAVO DE ARÍSTEGUI

El islamismo contra el islam. Las claves para entender el terrorismo yihadista.

Ediciones B. Barcelona, 2004.

Con *El islamismo contra el islam* Gustavo de Arístegui ha cuajado una obra que destaca por méritos propios en el panorama editorial dedicado a analizar este tema, cuya importancia no es preciso subrayar.

El título ya es indicativo de la posición de Arístegui en un doble sentido. Por un lado, la necesidad de diferenciar el islamismo como una expresión radical y desviada de lo que significa el islam –una de las tres grandes religiones monoteístas. Por otro, la conveniencia de situar en sus planos reales a los que el islamismo considera sus enemigos, que son, en primer término, los regímenes políticos de los países musulmanes, contra los que el islamismo desata su furia fundamentalista en su guerra por volver «al verdadero islam» frente a la degra-

Cuadernos de pensamiento político

dación, la corrupción y la complicidad destructiva con Occidente. Según esto, el terrorismo como guerra –«yihad»– global contra Occidente es una estrategia dirigida a privar a los regímenes musulmanes corruptos del apoyo que les permite sobrevivir, y una defensa brutal y fanatizada del futuro del islam para impedir la ambición exterminadora de «judíos y cruzados», en la jerga terrorista de Al-Qaeda, cuyo propósito es la derrota final del mundo musulmán.



Ambas tesis plantean los problemas centrales que debe afrontar el análisis del fenómeno terrorista actual. La relación del terrorismo islámico con su matriz ideológica es una cuestión también ampliamente debatida a propósito del terrorismo de signo nacionalista emparentado ideológicamente con los nacionalismos étnicos, aunque éstos no propugnen el uso de la violencia y adecuen su práctica política a los cauces institucionales. En ese sentido, la diferenciación es necesaria si no se quiere cometer un grueso error de diagnóstico que llevaría a consecuencias sociales y políticas desastrosas. Pero, por los mismos motivos, la negación de toda

Cuadernos de pensamiento político

relación entre islam e islamismo sería un acto estéril y peligroso de voluntarismo intelectual que impediría ver la dimensión real del problema. Arístegui no lo elude. Con una erudición que no aleja al lector sino que da solidez a sus afirmaciones, describe las raíces del islamismo radical en la historia del islam, alerta de cómo la conciencia islámica de amplios sectores del mundo musulmán justifica, disculpa o simpatiza con la que representa Bin Laden, analiza en detalle el «síndrome andalusí» del que participan Al-Qaeda y muchos musulmanes moderados, y nos vuelve a poner en guardia sobre las consecuencias para España de la «apostasía» que hace siglos convirtió a nuestro país en tierra de infieles usurpada al islam. El islamismo se presenta como una rama retorcida pero de una religión en sí misma arborescente, carente de unidad doctrinal y de una autoridad universal. En ella, el islamismo adopta formulaciones abiertamente desviadas, minoritarias y explícitamente condenadas por instancias musulmanas cualificadas en cuestiones como el suicidio o la interpretación terrorista de la «yihad» pero, al mismo tiempo, reactiva elementos doctrinales beligerantes y violentos que no son en absoluto exclusivos del islamismo sino que forman parte del tronco común islámico, como es el caso de la legitimación –y aun el deber– de matar a los apóstatas. El autor, sin merma de su cercanía y sensibilidad hacia el mundo musulmán, no cede a la tentación de describir un islam a la medida de nuestros temores ni

se deja arrastrar hacia el buenismo multicultural. Precisamente el fracaso del multiculturalismo y su frívola deriva hacia la consideración de nuestras sociedades como simples receptáculos desprovistos de valores y principios sustantivos e inderogables, constituye uno de los riesgos más graves que afrontamos. Si a eso se añade la condición de España como país estigmatizado por «apóstata», la agudización del «síndrome andalusí» en el imaginario islámico y la irrupción del terrorismo islamista en nuestro proceso democrático, hay motivos serios para la reflexión.

La paradoja es que, ante el esfuerzo que hay que desarrollar para la modernización, la estabilidad y la cooperación con el mundo musulmán, algunos se revisten de utopía y proponen alianzas de civilizaciones que asumen implícitamente la imposibilidad de que ese mundo evolucione por el camino de la democracia y el respeto a las libertades. Desde ese planteamiento de rancio colonialismo, descalifican el impulso a favor de una transformación real del mundo musulmán –y en particular Oriente Medio– hacia sistemas democráticos en los que las urnas no sean el adorno falaz de dictadores sino materialización del avance en la libertad y la igualdad de derechos –en Afganistán, con o sin «burka» han votado las mujeres– en un marco cultural que no debe ser una condena para sus pueblos ni una amenaza para los demás.

JAVIER ZARZALEJOS